

Gonzalo Serrano: *La querella en torno al silogismo 1605-1704. Conocimiento versus forma lógica*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006, 271 pp.

Entre muchos de los temas normales que se han impuesto en la historia de la filosofía, es el rechazo al silogismo uno de los puntos comunes más aceptado y raramente cuestionado; es decir, se supone que los pensadores modernos del siglo XVII ejercieron un rechazo total hacia esa forma de razonar. Se nos ha contado que ellos rechazaron el silogismo por ser una herramienta lógica bastante pobre y limitada al campo de la disputa, lejana de la pretensión de generar nuevo conocimiento; o porque los modernos deseaban dejar atrás una tradición obsoleta, aferrada y congelada en la lógica de Aristóteles, cuyo emblema era el silogismo; o simplemente porque, al rechazar la escolástica, se rechazaba también obligatoriamente al silogismo. Sin embargo, al no aceptar los filósofos modernos el silogismo, también dejaban a un lado toda una concepción del mundo, del ser humano y de un tipo de conocimiento que este podía obtener (demostrativo). Así, consentir o no el silogismo les generaba a los pensadores involucrados una serie de consecuencias que no siempre lograron salvar muy bien, y que los condujeron a otros problemas.

Rastrear los distintos elementos epistemológicos y de método que están inmersos en esa posición anti-silogística de la naciente filosofía moderna será uno de los objetivos principales que pretenderá cumplir el autor de este libro. Serrano nos dice al respecto: “La querella del silogismo trascenderá entonces los límites de la lógica y se convertirá en una querella filosófica. Por esta razón, la exposición de cada uno de los filósofos en cuestión no se podrá limitar a su posición frente a la silogística, sino que tendrá que estar enmarcada dentro del programa filosófico de cada caso” (p. 18). En este sentido, lo novedoso de la interpretación que sobre ese problema nos ofrece Serrano se basa principalmente en mostrar que, tras el rechazo al silogismo, se encuentra un rechazo más generalizado hacia cualquier tipo de formalización lógica o axiomática, y no simplemente un fastidio con la tradición escolástica. Por tal motivo, hay que distinguir a aquellos pensadores que realmente integraron a sus respectivas propuestas filosóficas una separación de las exigencias de la formalización de aquellos que, si bien explícitamente afirmaban que el silogismo no es la mejor herramienta

lógica, sí integraron a sus filosofías algún tipo de proceso formal. El caso más conocido fue el método geométrico de Spinoza.

Al tener en cuenta el contexto filosófico de cada pensador involucrado, le será fácil al autor identificar los problemas más importantes que estaban en juego en la querrela, a saber: i) El rechazo del silogismo implica dejar a un lado toda una gama de elementos tradicionales que no todos los filósofos están dispuestos a abandonar; a esa tradición Serrano la denomina *ontosilogística*, es decir, “la cristalización de las diferencias entre la filosofía moderna y la premoderna” (p. 28). ii) Si bien en la mayoría de los pensadores involucrados hallamos el factor común del rechazo a la silogística, también se pueden encontrar filósofos de primera línea que, como Leibniz, no aceptaban abandonar el silogismo, sino que, por el contrario, justificaban su uso desde otra perspectiva y devolvían las críticas a sus colegas, haciéndoles ver las limitaciones a las que se veían sometidos. Se puede así establecer una real querrela entre aquellos que rechazaban el uso del silogismo y quienes lo defendían. iii) Más allá del enfrentamiento por saber si el silogismo es o no una herramienta lógica adecuada, la querrela entre los detractores del silogismo y Leibniz permite ampliar el espectro de elementos filosóficos casi opuestos que entran en juego; a saber, intuición y forma lógica, saber contemplativo y saber operativo, dios racional y dios voluntarista, así como otros temas que muestran claramente la complejidad en la que se halla inmerso el rechazo a la silogística.

Ahora bien, el libro está dividido en dos partes, en la primera se abordan las distintas críticas hacia el silogismo desde tres frentes: desde la perspectiva del saber operativo (Francis Bacon), desde el conocimiento intuitivo (René Descartes) y desde el curso natural del pensamiento (John Locke), como desarrollos contrapuestos a la lógica artificial que representa el silogismo. La segunda parte le compete a Leibniz, y en especial su vindicación de la forma silogística como una herramienta bastante útil para la generación de conocimiento. En lo que sigue de esta reseña me detengo principalmente en las caracterizaciones que sobre Descartes, Bacon y Leibniz ofrece el autor.

Lo importante de la primera parte radica en mostrar cómo pensadores de la talla de Bacon y Descartes desarrollaron una “lógica” diferente, dirigida al descubrimiento de nuevos principios del saber cuya fundamentación bien puede ser un acto intuitivo, la experiencia o un nuevo y mejor desarrollado camino inductivo. Esto último es, precisamente, lo que intenta mostrar Bacon en su propuesta filosófica, a saber, instaurar una nueva manera de investigación que vaya de la mano con un tipo de inducción cuyo objetivo esté más allá de la simple enumeración de casos particulares, para hallar un universal, y se concentre en descubrir los principios

operativos que permitan conocer cómo se generan las cosas (descubrir las verdaderas *formas* de las cosas) a partir de lo particular y mediante la integración de la experimentación en el proceso inductivo. El primer paso de ese proceso consiste en encontrar nuevos casos particulares que deben posibilitar el descubrimiento de otros casos nuevos, y cuyo objetivo es encontrar un axioma que los englobe en una primera generalización. Una vez hecho esto, el segundo paso consiste en descartar casos, por medio de la comparación y exclusión, que permitan encontrar un axioma más general que el anterior y que incluya todos los casos anteriores. Esto se realiza por medio de nuevos experimentos y experiencias. El tercero, y no necesariamente último paso, consiste en instaurar rasgos comunes que deben permitir obtener una definición operativa del fenómeno que se está investigando (cf. p. 58). Dicha definición no será de tipo nominal, porque no está especificando el modo de emplear palabras para entender un fenómeno, sino que se está definiendo su *forma* y *operación*. En un primer momento se dice cómo se produce la cosa, bajo qué condiciones; mientras que en el segundo se enuncian las condiciones operativas que se deben seguir para lograr producir el fenómeno. En cierto sentido, ambos aspectos posibles de la definición baconiana son complementarios, y son caracterizados por él como una nueva manera de comprender las cosas desde la perspectiva de un nuevo conocimiento que intenta integrar lo especulativo con lo práctico.

Sin embargo, a pesar de ser la experimentación lo que le permitirá a Bacon garantizar el proceso inductivo, y, en últimas, ella vendrá a ser su rasgo distintivo y contrapuesto a la manera tradicional de querer encontrar silogismos que expliquen las cosas físicas, en la interpretación que nos ofrece Serrano no son muy claras dos cosas: i) la concepción del experimento que tiene en mente Bacon, y ii) el papel que la práctica experimental juega en la nueva lógica baconiana. Estos dos temas son importantes, porque de ellos dependerá la firmeza y verdad de las definiciones alcanzadas. No basta con presuponer que existen unos resultados experimentales sin cuestionar la manera cómo se obtienen, ya que la misma práctica experimental tiene su propia racionalidad que, curiosamente, es práctica y operacional, algo similar al conocimiento que quería proponer el filósofo inglés.

En el caso de Descartes, el camino escogido es la intuición. Serrano nos muestra que el verdadero germen del espíritu de la filosofía cartesiana está en el rechazo a cualquier tipo de formalización lógica, al punto que “el rechazo cartesiano al silogismo ha de ser interpretado, no como el anti-aristotelismo en boga del siglo XVII, sino como rechazo y franca confrontación contra los usos y abusos de la forma lógica en general” (p. 119). El desarrollo de esta tesis le permitirá al autor consolidar una interpretación no ortodoxa de uno de los temas más estudiados de la filosofía

cartesiana: el *cogito*. Este se ve como el fruto de un proceso intuitivo para generar inconsistencias a partir de la duda sistematizada presentada en la primera de sus *Meditaciones*. Dicho proceso se concibe como la capacidad de “suspender el juicio” acerca de la validez o falsedad de un enunciado hasta que la mente cartesiana genere pensamientos contradictorios que poco a poco pongan a prueba la verdad del enunciado propuesto, y esto se hace encontrando una inconsistencia que sea insostenible (pensar y no existir). Hecho esto, el proceso debe garantizar la evidencia del principio a partir de su contenido, el cual deberá resistir la contradicción y la duda (cf. pp. 139-145). Queda claro que, en esta interpretación, el *cogito* no es el resultado de ningún tipo de proceso formal, llámese silogismo, reducción al absurdo o inferencia estoica, sino que se centra exclusivamente en proponer un modelo racional de investigación que no tiene que ser formalizable, sino apoyarse exclusivamente en una intuición racional que tendrá la pretensión de generar certezas.

Ante este panorama, donde la forma lógica es rechazada por ser superficial, incapaz de hacer avanzar el conocimiento y quedarse únicamente en el campo de la discusión, el autor nos muestra que un pensador como Leibniz responde a ese rechazo casi general de los filósofos modernos señalando que no basta la evidencia interna (Descartes) o la percepción sensorial (Locke y, en cierta medida, Bacon) para asegurar la verdad de las conexiones entre los contenidos del conocimiento. Solo la forma lógica permite garantizar la necesidad y universalidad que se necesita para caracterizar un saber como verdadero (cf. p. 203). Sin embargo, la forma lógica que pretende defender Leibniz, nos dice Serrano, no se reduce a la utilizada en la conexión entre las premisas del silogismo, ni al establecimiento de un formalismo tradicional, sino que se trata “de penetrar la forma que anima a cada cosa individual en cuanto es pensable en un concepto que contiene a su vez el concepto de cada uno de sus elementos y propiedades” (p. 206).

De este modo, lo que le interesa a Leibniz, posiblemente motivado por una metafísica donde prevalece la unidad, es descubrir la lógica que está contenida en cada sujeto particular. En este sentido, Leibniz está de acuerdo con Locke y Bacon en que el punto de partida de cualquier investigación es lo particular, pero cambia el enfoque tradicional de la forma lógica, pasa del nivel de las especies y géneros (el reino del silogismo) al campo de la sustancia particular, investigando cómo los predicados están contenidos ya en el concepto de sujeto (perspectiva intensional). Ahora no interesa establecer las ideas que se refieren a los individuos y su clasificación en universales (perspectiva extensional), sino el mismo contenido de las ideas. Por consiguiente, un buen silogismo será aquel que opere en un campo discursivo intensional, limitado únicamente por el principio de no contradicción, ya que es

absurdo que dentro del concepto de un sujeto estén incluidos predicados contradictorios. El silogismo, así interpretado, pasa a ser una herramienta lógica que se ocupa, no tanto de las cosas existentes, sino de las posibles, de los posibles predicados que puedan estar contenidos en lo individual y que diferencian un individuo de otro, que lo determinan, no ya por clases o géneros, sino por el contenido específico que permite concebirlo como tal.

En resumen, lo novedoso del libro de Serrano es que hace un recorrido de la querrela del silogismo, no restringiéndose exclusivamente a la discusión lógica y formal, sino que integra los problemas que la formalidad lógica le imponía a la filosofía de la época, mostrando las distintas propuestas que muchos filósofos se vieron obligados a desarrollar cuando decidieron que el silogismo ya era obsoleto. Pues lo que estaba en juego era nada menos que la instauración de una nueva lógica, que muy pronto mostró que no era fácil de instaurar. Como lo señala muy bien Leibniz, el aspecto formal es algo que no se puede dejar a un lado si se quiere garantizar la coherencia lógica y la verdad del conocimiento obtenido.

José Luis Cárdenas B.
Universidad Nacional de Colombia

